

Cuento



Compromiso con la palabra y con las cosas

Por Andrés González Pagés

Conocimos a Humberto Guzmán en 1967, año en que, con su hermoso cuento *La calle*, obtuvo el primer premio en el concurso del Instituto Politécnico, donde realizaba estudios de Economía.

Ya antes de aquel certamen este joven escritor había obtenido otro premio literario en el Instituto Nacional de la Juventud Mexicana, y después obtuvo otros más, en los juegos Florales de Guadalajara y, el de mayor importancia, en la Secretaría de Educación Pública ya no con un cuento sino con su novela *El sótano blanco*, de próxima aparición. Asimismo, Humberto Guzmán formó parte del cuerpo de becarios del Centro Mexicano de Escritores en los años de 1970-1971.

En cuanto a publicaciones periódicas, muchas son las revistas mexicanas que han dado a conocer sus textos, así como suplementos culturales de diarios capitalinos. Dos antologías de cuento le dan cabida en sus páginas: *La calle*, que recoge los ocho trabajos seleccionados en el concurso del Politécnico a que ya hemos hecho mención, a la cual da nombre ese valioso texto, y *Quince cuentos de hoy*, publicada por la Secretaría de Educación en 1970 con los trabajos más importantes de su concurso de ese año. En dicha antología dos son los textos de Humberto Guzmán que se incluyen. Por otra parte, el Instituto de la Juventud le publicó en 1968 una plaqueta titulada *Los malos sueños*.

Todo este currículum, impresionante en un joven de veintitrés años, avala de manera sólida el volumen que ahora entrega al público lector con el nombre de *Contingencia forzada** y con el pie de la Federación Editorial Mexicana.

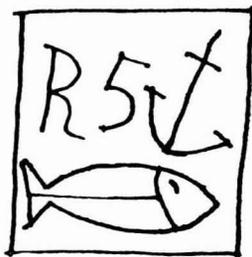
En no pocas ocasiones podemos ratificar algunas características de este libro, que a simple título de probabilidad habíamos atisbado desde los primeros trabajos de Humberto, las que hablan de él como del niño inocente de la literatura mexicana actual que, al toparse cara a cara con el rey, por no estar en el juego, no sólo lo ha visto desnudo sino que no siente empacho alguno para decir que lo ha visto en este tan apurado y ridículo esplendor.

Y es que a este joven literato no le preocupa la moda en que en nuestro país

se ha caído de unos años a la fecha, a costa de la autenticidad literaria acorde con el medio que las letras representan, moda que inútilmente ha intentado despojar a la palabra escrita de su significación. Por el contrario, Guzmán rechaza esa moda y cumple con su necesidad de expresión verdaderamente vital. Por ello, expresa sin cortapisas la problemática del joven contemporáneo: su quizás irreversible rompimiento con la generación que lo ha precedido (como se afirma en la solapa-contraportada del libro), su marcada tendencia a la evasión, su indiferencia general ante los problemas que norman su conducta intransigente, su desconocimiento de los mismos.

Pero no sólo en lo que a la temática se refiere se nos muestra Humberto Guzmán como un auténtico testigo de su tiempo; también su forma literaria, su continua necesidad de poetizar mediante la prosa, lo sitúan como un escritor que responde a un momento en el cual la palabra aún debe significar algo, más que nada en el arte literario.

Por tal razón recurre frecuentemente al calificativo y juzga así la realidad circundante y su propia subjetividad. En ningún momento pretende mostrarnos la realidad "tal cual es" —que no tiene lugar en el arte— ni hacernos creer que quiere mostrár-



nosla. Si logra hacerlo es porque, precisamente, no se impone de antemano esa condición, método poco común en el acto creador bien cimentado. O sea que, valiéndose del lenguaje mismo, toma una clara posición respecto de lo que describe: se compromete.

Al creer en, o mejor dicho al conocer la belleza de la palabra, no la teme en ninguna circunstancia sino que, en actitud francamente cervantina, la sitúa en el lugar debido. Y porque conoce bien sus posibilidades y sus limitaciones, no abusa de ella, evita el degradarla.

Un hecho nos interesa destacar de *Contingencia forzada*, y es éste el de que la mayor parte de los textos que en este libro aparecen están escritos en primera persona como medio de que el autor echa mano para asumir, en cuanto a la interpretación de varios problemas, una responsabilidad total. El más importante de esos problemas, desde nuestro punto de vista, es el de la evasión.

La calle, *Mi querido vecino*, *El niño violáceo*, *Ultima batalla*, *Traje nuevo*, y otros, son cuentos en los que de una u otra manera se describe esa actitud humana. Y la primera persona se esmera en todos ellos, y fundamentalmente en el último de los citados, por darle al hombre "normal" una

respuesta a la incógnita que se plantea cuando presencia cierto tipo de actos curiosos o acaso lamentables de quienes inconscientemente se ven en la necesidad de huir de la realidad: por ejemplo, un hombre que de pronto se desnuda y corre por la calle o trepa a las rejas de la plaza de la Villa de Guadalupe ante el azoro del pueblo, para citar los casos parecidos del cuento y de un hecho ocurrido en esta ciudad hace algunos meses.

Y la respuesta es terrible, siempre que la incógnita se haya planteado en torno a las motivaciones del acto o a los pensamientos del "delincuente", pues en la cabeza de ese hombre no habita otra cosa que la evasión; ninguna necesidad tiene de explicarse a sí mismo o de explicarse a los demás; ninguna necesidad de justificar su actitud. Sólo el deseo inconsciente de purificarse, ya en el templo, ya en la profundidad del mar.

Testimonio veraz de algo de lo que en nuestro tiempo pasa, y no sólo en el nivel descrito por la narración o en nuestro ejemplo ciudadano, este cuento representa muchas de las actuales actitudes de nuestra juventud, de la mayor parte si se quiere.

Si preguntamos a un buen número de jóvenes por qué frecuentan las drogas o por qué se dejan el pelo largo, no recibirán sino respuestas que se inscriben en el lugar común y en el cartabón preestablecido. Y no es que no exista una respuesta clara e incluso positiva por lo menos para el segundo caso; cualquier estudioso tanto de la psicología como de las ciencias sociales podría darla fácilmente. Pero los cuentos de Humberto Guzmán no se abocan a darnos a conocer esa respuesta científica sino, por el contrario, la confusión a que la juventud ha sido llevada por años y años de desviación mediante armas poderosas e inevitables.

Por último, y respecto de lo que anteriormente señalábamos acerca del lenguaje poético que el autor de este libro usa, por el cual no será difícil que alguien lo clasifique como escritor de literatura de "mandarín", vale la pena recordar lo que, entre otras cosas de gran significación, escribió Hermann Broch acerca de Joyce y que parece corresponder precisamente a las intenciones de Humberto Guzmán en *Contingencia forzada*, pues este libro se inscribe aún en la literatura que inauguró el gran diablo irlandés: "... la hipertrofia superlativa de la capacidad de expresión a que se ve forzado el escritor hace patente la incapacidad de expresarse de un mundo condenado al mutismo".

Tampoco está de más citar lo que al final de la nota de la solapa-contraportada se dice: "Ya Coleridge llamaba la atención sobre 'el peligro de pensar sin imágenes'. El personaje de este cuento (*Mi querido vecino*), trágicamente, ha caído en la encrucijada de *soñar* sin imágenes, consecuencia terrible sobre la que no sería vano encauzar una y otra vez nuestras más profundas meditaciones." Y en verdad sería muy bueno que se pensara bastante sobre este punto.

Libro de sólida arquitectura, bellamente escrito, aportará no pocas satisfacciones a quien guste de leer muestras de alta calidad en lo que a letras se refiere.

* Humberto Guzmán: *Contingencia forzada*, México, Federación Editorial Mexicana, 1971.